

«El Arte es vasto, ingente; acaba con el tiempo y con el espacio; lo junta todo de nuevo en uno, el pasado, el futuro y el momento del sueño intermedio..., hace de todo ello... un solo día inmortal.»

*El Gran Espectáculo Secreto*  
Clive Barker

«Y así el Señor los dispersó por la superficie de la Tierra y dejaron de construir la ciudad.»

*Génesis, 11:8*

«Las lechuzas no son lo que parecen.»

El Gigante en *Twin Peaks*

## **Gran Salto, primavera de 1902**

Al principio fue una estela que cruzó el cielo en plena noche, iluminando con su vuelo cobrizo las copas de las hayas a su paso. La bola de fuego se fue desintegrando en una nube de gas y acabó impactando en la ladera de una cordillera montañosa al norte de la ciudad. La colisión produjo un pequeño cráter que partió la pared de roca y abrió un surco por el que se introdujo la cápsula. Tenía forma ovalada y parecía hecha de titanio negro. Allí permaneció durante ciento nueve años, ocho meses y tres días. Entonces, de pronto, al atardecer de un día lluvioso de invierno, se abrió con un chasquido metálico, dividiéndose en dos partes iguales. Los extraños cuencos resultantes contenían unos gajos de piel que se disolvieron en una masa infecta para, finalmente, rebosar por los bordes. Dentro de aquella gelatina confluían unos parásitos con forma de alubia que comenzaron a caminar con rapidez entre la maleza. Salieron de la zanja en ríos que corrían cordillera abajo y penetraron en el bosque, extendiéndose por todas direcciones hasta que encontraron a los perros. Treparon por sus patas y se cobijaron en los lugares menos accesibles para los animales. Algunos se hospedaron entre las pezuñas; otros en las ancas o en la cruz por encima del lomo. Clavaron sus microscópicas patas en sus pieles y les inocularon el virus.

## 1. Los espejos

Durante la última semana de febrero los perros comenzaron a comportarse de manera extraña. No comían, vomitaban mucho y pasaban las noches aullando de dolor. En pocos días desarrollaron una locura irrefrenable. A comienzos de marzo, cuatro de los cinco perros se habían devorado sus propias patas. En ese momento, Staples (un labrador retriever de pelo negro que desde siempre había mostrado una gran nobleza) fue el primero en atreverse a volcar su rabia contra su dueño. El resto no tardó mucho en imitarlo.

Desde que había visto el letrero indicador derribado un kilómetro y medio antes de llegar, Hans Mittelbach ya intuía que algo no andaba bien. Cuando por fin llegó a la finca del señor Martí, como todos los primeros lunes de mes desde hacía tres años, el terror ya se había desencadenado.

—¡Martí! ¡Traigo el pienso para sus chicos! ¿Hola?

Pero nadie le respondió.

La finca estaba compuesta de varias hectáreas de parcela ajardinada que formaban un anillo alrededor de la casa central, modesta y funcional. Destacaba desde lejos, como un pequeño hotel enclavado en la cúspide de un manto rocoso.

Al entrar, Hans comprobó que gran parte de la valla metálica que cercaba la finca de Martí estaba abollada. Había dejado la camioneta, como siempre, delante de la puerta de barrotes que daba entrada a la finca. La verja estaba abierta, algo no habitual, desde luego. Hans entró en la propiedad y llegó, arrastrando los dos sacos, hasta

la explanada que antecedió al pasillo enladrillado que comunicaba con la parte trasera de la casa. Allí, en una especie de establo, era donde se guardaba el pienso. El repartidor abrió la puerta y contuvo la respiración. Vio a un hombre tendido sobre el suelo. Tardó unos segundos en reconocer a su cliente. Era Martí y estaba malherido. Su pierna izquierda terminaba a la altura de la rodilla, convertida en un bulbo ensangrentado del que colgaba una masa irreconocible de carne. Los ojos de aquel hombre eran como dos canicas blancas; no se le apreciaban las pupilas.

—Dios mío, ¿qué le ha pasado?

Martí empuñaba un rifle Sauer de caza con la mano derecha y estaba apuntando hacia el frente. Hans escuchó el disparo y por un instante esperó que el dolor brotara de algún lugar de su cuerpo, sin embargo el tiro pasó de largo y desembocó en un quejido hueco justo detrás de su espalda. El repartidor se giró a tiempo de ver la parábola final que Staples dibujó en el aire antes de caer con un golpe sordo sobre la hierba.

—Se han vuelto locos, Hans —dijo Martí, llorando como un bebé—. Mira lo que me han hecho...

Entonces fue cuando el repartidor sintió el primer mordisco en uno de sus gemelos. Tenía a un perro de raza mixta parecido a un schnauzer mordiéndolo como un poseso. El dolor escaló por su pierna hasta alcanzarle el cerebro. Cayó sobre la tierra y desde allí vio cómo se abalanzaban los demás perros sobre él. Estaban desquiciados, no tenían patas, sólo unos muñones irregulares. Las lenguas les colgaban por fuera y tenían los ojos hinchados y blancos como pelotas de golf. El resto fue horrible.

\*\*\*

Una hora antes de que Hans Mittelbach acabara devorado por una jauría de perros, Javier Torres estaba pensando que iba a enfrentarse por primera vez en su vida a un cadáver. Debido a los nervios de prin-

cipiante le había entrado un apretón a mitad de camino hacia el lugar de los hechos y se vio obligado a pedirle al inspector Sánchez que parara en la primera gasolinera que viera. *Se trata de una emergencia, señor*, le dijo. Antes de llegar al servicio estuvo distraído su mente con toda clase de tonterías, todo para evitar cagarse encima. El instante en que se bajó los pantalones y se colocó en una media sentadilla sobre el inodoro (no confiaba en que aquel sitio fuese muy higiénico) le pareció, sencillamente, mágico. Al terminar se sintió mucho mejor. Se lavó las manos y levantó la cabeza. *¿Qué cara tendrá un muerto? Debe ser parecida a la de un hombre dormido, aunque vacío, como muy lejos de aquí.* La fisura que quebraba el espejo dividía su cara en dos fracciones, dibujando un rostro que se reconocía a sí mismo geoméricamente imperfecto. Javier se quedó unos minutos absorto estudiando cómo caía del grifo un delgado hilo de agua sobre el lavabo mugriento. Era maravilloso dejar correr su miedo junto al agua que se perdía por el desagüe. *Estás nervioso, y los nervios son la antesala al fracaso. No, no. Así no era. La dosis justa de nervios te asegura no meter la pata antes de tiempo, sí, y por tanto te dan seguridad. El exceso de confianza es el que te arrastra a la perdición...*

Tras comprobar por segunda vez que se había cerrado bien la cremallera del pantalón (no quería parecer un completo idiota cuando tuviera que interrogar a un testigo un poco más tarde), salió de aquella cloaca conteniendo la respiración. Sólo después de cruzar la pequeña despensa que comunicaba con la tienda de la gasolinera se atrevió a soltar el aire. Llegó al mostrador y levantó las llaves del servicio. Las tañó como si fuesen una campanita y esbozó una sonrisa tímida. Pero el empleado no le prestaba atención. Estaba atendiendo a una mujer de unos cuarenta y pocos años, visiblemente cabreada. Javier buscaba encontrarse con la mirada del empleado. Demonios, tan sólo quería dejar las llaves sobre el mostrador y largarse. Podía haberlo hecho sin más, pero algo le decía que debía esperar a recibir su aprobación. Javier nunca había sido un hombre decidido.

La mujer hablaba y hablaba mientras el empleado, vestido con un mono azul metálico y con el nombre *Toni* bordado con hilo rojo a un lado de la pechera, se atusaba el pelo grasiento, de un color cetrino, seguramente consecuencia de lavarlo con cerveza a diario. El pobre tenía cara de estúpido, así, clavando su mirada perdida en el vacío, procurando entender lo que le estaban diciendo. Entretanto, la clienta, quien no dejaba de mover las manos, le mostraba un libro de bolsillo que, según se entresacaba de todas las palabras inconexas que vociferaba, había comprado allí hacía un par de horas y en el que cuando, una vez en casa, decidió hojearlo, se había encontrado con un montón de páginas en blanco.

—Mire, ¿ve lo que le digo? No hay nada escrito. Blanco sobre blanco, papel reciclado sin una sola línea. Es un timo. ¡Quiero mi dinero de vuelta ahora mismo!

Javier pudo leer, siguiendo con dificultad los vaivenes de las manos de la mujer, el título del libro y el nombre de su autora:

*La llama de Bachelard*  
Gabriela Flanagan

A continuación, como un acto reflejo, dejó caer las llaves sobre el mostrador y salió pensativo por la puerta. *¿Por qué has estado ahí parado tanto tiempo? Tenías que haber dejado las llaves allí encima y largarte. Ya está. Con decisión. Decisión: eso es lo que te falta.*

A lo lejos vio al inspector Sánchez de pie al otro lado de la carretera. Le estaba ofreciendo fuego a un extraño personaje. Un hombre muy pálido, vestido completamente de negro. Llevaba puesta una chistera muy cómica. A Javier le impresionó lo alto que era. Calculó que rebasaba los dos metros, como mínimo. Presentaba una delgadez ridícula. Se le escapó una risa por la nariz al ver lo enano que parecía el inspector Sánchez al lado de aquel hombre.

Javier atravesó la gasolinera en dirección al coche. Sintió un escalofrío. Miró al cielo y arrugó la nariz. Había comenzado a llover.

\*\*\*

Mientras Javier Torres comprobaba por segunda vez que se había cerrado bien la cremallera del pantalón, la primera gota de lluvia cayó sobre la ciudad de Gran Salto y lo hizo sobre la nariz del inspector Sánchez («Rodri» para los amigos), que estaba apoyado contra la puerta del coche, esperando frente a la gasolinera Tyreco de la salida oeste de la ciudad a que su nuevo ayudante terminara de atender una inesperada urgencia. Miró al cielo y comprobó que llegaban muchas nubes desde las Montañas del Norte. Nubes negras. Parecían un alud de nieve gris, avasallando con sus abultadas formas. Justo encima del aguacero que se aproximaba, Sánchez discernió un punto negro que, desde su posición, no era más grande que una moneda de cinco céntimos. Si se quedaba un rato mirándolo podía apreciar que estaba rodeado de una aureola palpitante. *Será un globo sonda*, pensó. Y ya no volvió a prestarle atención.

El inspector se estremeció de frío y sacó del bolsillo interior de la trenca un paquete de Chesterfield. *Cualquier día dejo de fumar*. Otra gota, esta vez sobre su frente, y Javier todavía no había terminado de cagar. *Joder*. Algo nervioso, comenzó a rebuscar en los bolsillos del pantalón, temiendo haber dejado el encendedor olvidado en cualquier sitio, pero no. Tuvo suerte. Palpó el reconfortante tacto del plástico y sonrió. *Sí, cualquier día lo dejo. Pero hoy no. Los días de lluvia no son buenos para dejar de fumar.*

A lo lejos, en la falda de una montaña, se elevaba la iglesia de San Gabriel, que quedó de pronto oculta bajo las sombras de las nubes. Gran Salto se iba oscureciendo.

Una camioneta aparcó para repostar. Tenía un rótulo en el lateral que rezaba:

*Pienzos Mittelbach*  
*Cuidando de tu mejor amigo desde 1998*

El inspector Sánchez saludó al conductor. Era el bueno de Hans, que seguía su ruta de reparto de piensos por las fincas de las afueras. A pesar de que todo el mundo le había advertido de que el rótulo de su camioneta contenía una falta de ortografía, él seguía manteniéndolo intacto como el primer día. *Escribir «piensos» con zeta me ha traído suerte*, decía siempre. *Casi tanto como el E.T. que tengo colgado del retrovisor*. Aquella mañana, sin embargo, su suerte iba a cambiar (acabaría devorado por una jauría de perros-zombi). Después de repostar se subió a la camioneta y continuó su camino hacia su cita con el destino. Tocó la bocina a modo de despedida. El inspector le hizo un gesto de «nos vemos», aunque jamás lo volvería a ver, y le dio otra calada al cigarrillo. De repente un viento helado lo sorprendió, dejándole los pabellones de las orejas congelados. *Joder, qué frío. ¿Qué coño está haciendo este imbécil en el servicio tanto tiempo? ¿Se la suele menear después de cagar?* Ya se había fumado medio cigarrillo cuando percibió unos pasos procedentes del este. Giró la cabeza y vio cómo una espesa niebla, que parecía engullir la carretera a su paso, avanzaba hacia él con lentitud. Los pasos, que al principio se confundían con los silbidos del viento, acabaron por imponerse. El inspector distinguió la silueta de alguien que se abría paso entre la niebla. Se trataba de un hombre muy alto y muy delgado, vestido con un chaqué espantosamente elegante, camisa blanca desabrochada, gafas de sol extra grandes y una extraña chistera sobre su cabeza. Lo primero que pensó el inspector al ver aquella aparición es que se trataba de una especie de zancudo que se había escapado de alguno de esos circos que de vez en cuando acampaban en la antigua explanada de la estación de trenes. Observó que el tipo transportaba una vieja maleta marrón. *Menudo bicho raro...* Sánchez paseó la mirada a su alrededor hasta detenerse de nuevo en aquel oscuro caminante; algo le impedía dejar de mirarlo. El tipo estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia. El inspector se distrajo un segundo para darle otra calada al cigarrillo y, de pronto, lo tuvo a su lado.

—Hola, señor —dijo el hombre de la chistera. Se quitó las gafas de sol. Tenía los ojos de color violeta.

Sánchez se agarró el pecho. Le había dado un susto de muerte. ¿Cómo era posible que en menos de un segundo hubiera recorrido toda esa distancia?

—Dios. Me ha asustado.

—Lo siento mucho. ¿No cree que es peligroso fumar tan cerca de una gasolinera, señor?

—Ya. Suelo vivir rodeado de peligro; es mi trabajo.

—Vaya, supongo que en eso nos parecemos. Creo que yo también camino siempre al borde del abismo. ¿Se dice así?

A Sánchez no le gustaba ese tío, ni una pizca. Lo alteraba. Tenía que levantar mucho la cabeza para mirarlo y eso le hacía sentir incómodo, entre otras cosas.

—Sí, más o menos. Dígame, ¿es usted de Gran Salto?

—No —respondió—. En absoluto. Digamos que sólo estoy de paso. He venido a curar una vieja herida.

—A curar una vieja herida, ¿eh? Parece como si le molestara que lo confundan con un lugareño, ¿no le gusta Gran Salto?

—Hace usted muchas preguntas. ¿Es usted policía o algo así?

—Inspector.

—¿Estoy detenido?

—¿Debería estarlo?

El extraño sonrió.

—Me cae usted bien, inspector. No tendrá fuego para mí, ¿verdad?

—Claro. ¿Me permite otra pregunta?

—¿Tengo alternativa?

—Me temo que no. ¿Va vestido así por algún motivo en especial? ¿Trabaja para una de esas empresas que cobran deudas o algo así? —inquirió Sánchez.

El forastero se quedó pensando. Parecía que no entendía la pregunta o tal vez no daba con una respuesta convincente.

—Parece que será un día de *perros*... —dijo mirando al cielo. Enfatizó la palabra «perros» como si contuviera la clave para entender un chiste.

Sánchez torció el gesto y le ofreció fuego.

—Sí, un día de perros...

Javier por fin había salido de la gasolinera. Sánchez vio cómo arrugaba la nariz al descubrir que había comenzado a chispear. Se volvió hacia el forastero, pero ya no estaba a su lado.

—¿No iba a dejar de fumar?

—Eh, sí... ¿Por qué ha tardado tanto?

—Había cola en el servicio —mintió Javier—. Por cierto, ¿quién era ese tío?

Sánchez miró hacia el oeste y reconoció la silueta larguirucha del forastero perdiéndose de nuevo entre la niebla hasta desaparecer.

—Un gilipollas que se cree Marilyn Manson. Ande, vayámonos. Métase en el coche, que tenemos trabajo.

—¿De dónde ha salido tanta niebla?

\*\*\*

Aquella mañana de marzo, en la que hallaron el principio del fin en casa de los Mustieles, amaneció así, fría y lluviosa. El inspector Sánchez estacionó el coche delante de una casa adosada. Había un montón de gente en el porche.

—Creo que es aquí, señor. Avenida Béguin, 21 —dijo Javier.

Se bajaron del coche y corrieron hacia la entrada de la casa con las capuchas de sus impermeables puestas. Llovía torrencialmente. El día se había oscurecido tanto que parecía la hora de cenar. Al lado de la puerta de entrada había varios agentes impidiendo el paso a los periodistas y curiosos.

—Buenos días, chicos —dijo Sánchez, mientras se colocaba unos guantes de látex.

—Buenos días, señor. En esa caja tienen las bolsas para los zapatos.

—Coja dos, Javier, y cúbrase los zapatos con ellas. Es como cuando te dejan entrar al paritorio para ver a tu mujer abierta de patas —rió.

—No tengo hijos, señor. Nunca he entrado en un paritorio.

—Da lo mismo, póngaselas igual.

Al lado de la puerta de la casa había dos fotógrafos descargando sus flashes. El vestíbulo estaba repleto de agentes, todos vestidos con monos blancos con las palabras «POLICÍA CIENTÍFICA» impresas en la espalda.

Una anciana, que sostenía un paraguas rojo, no dejaba de curiosear. Estiraba el cuello para poder ver mejor lo que pasaba en el interior.

—Señora, por favor. Ya le he dicho que no puede estar aquí —le advirtió uno de los policías que custodiaba la entrada.

—Son mis vecinos.

—Por favor, retírese, que se va a hacer daño. Está obstruyendo la entrada, señora. Se lo ruego —le dijo el inspector con toda la amabilidad que podía recabar, dadas las circunstancias.

Sánchez apartó a la anciana delicadamente y entró a la casa. Sacó un pañuelo y se tapó la nariz. El olor era muy penetrante y afilado, como metálico. Había focos encendidos por todas partes. Se podían distinguir rastros de sangre salpicando las paredes. A cada lado del vestíbulo se extendían cintas plásticas que impedían el paso a las habitaciones, marcando el camino a seguir para no entorpecer de ningún modo la labor de los investigadores. Una estantería ocupaba toda la pared del fondo de la entrada. Había cuadros y libros por todas partes. Un lienzo enmarcado llamó la atención del inspector. Eran dos manos que se dibujaban una a la otra. *¿Dónde he visto yo antes este dibujo? Sí, es del mismo tío que dibujaba todas esas escaleras que nunca sabías bien si subían o bajaban*, pensó. Un hombre de unos cuarenta años, muy atractivo, vestido impecablemente con traje y corbata, se acercó a Sánchez. El inspector, al verlo venir, sonrió y negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer. Ricardo *el guaperas* está de nuevo entre nosotros. ¿Ya no te quieren en el laboratorio? ¿Has dejado a una de las becarias preñada, o qué?

—El viejo Rodri tan gracioso como siempre. ¿Cómo lo has adivinado?

—Javier, te presento a Ricardo Gutiérrez, el cerebro que nos mantiene a todos con vida. Tiene tantas carreras que ya no le que-

dan paredes en su casa para colgar los títulos. Éste es Javier, mi nuevo ayudante.

—Encantado —dijo Ricardo inclinando la cabeza.

—Bueno, Ricardo, ¿has hablado ya con la persona que dio el aviso?

—No he tenido tiempo. De todas formas es una vieja un poco...

—Sí, te entiendo. La acabo de ver. Javier, ¿por qué no la interrogas tú?

El joven ayudante se quedó pensativo durante unos segundos.

—De acuerdo —convino.

El inspector giró la cabeza y miró a Ricardo con una sonrisa apagada.

—Es su primera vez.

—Claro. Además no es un caso fácil de digerir.

Detrás de ellos, las voces enlatadas en los transmisores portátiles aportaban al ambiente una frialdad añadida. Por todos lados se oía el roce del plástico de los monos de trabajo. Era el sonido de la cruda realidad. De pronto, un golpe alertó a todos. Un álbum de fotos se había caído de la estantería. Sánchez lo había tirado dándole con el codo sin querer.

—Vaya, Rodri. Te estás haciendo más torpe con la edad.

—Que te follen.

—Pues mira, si fuera alguna de las jefas del laboratorio no me importaría.

Sánchez se agachó a coger el álbum y lo abrió. En las primeras fotos aparecía una familia, radiante de felicidad. Estaban en el campo, muy sonrientes: una niña encantadora al lado de un chico con cara de travieso, una mujer muy guapa y con mirada inteligente y en medio un hombre, cuya cara se encontraba un poco desenfocada, que los rodeaba a todos con sus fuertes brazos. Daba la impresión de que hubiera otra imagen superpuesta sobre su rostro. El tipo era de constitución fornida y tenía uno de sus brazos completamente tatuado. El inspector siguió pasando las páginas y constató que en todas las fotografías en las que aparecía el hombre pasaba lo mismo con su rostro. Estaba borroso, con otra cara superpuesta a la suya.

Ricardo se mostraba inquieto a su lado. Esperaba que Sánchez dejara ya de mirar viejas fotografías y empezara a trabajar en cosas más serias, como echarle un vistazo a los cuatro cadáveres que yacían en la primera planta, por ejemplo.

Mientras tanto, en el porche, Javier estaba apuntando todo lo que la anciana le iba contando. No era una mujer a la que se le tuviera que estar sonsacando la información, que digamos. Hablaba muy bien ella sola, y hablaba mucho.

—Era un hombre que tenía algo raro en la mirada. ¿Sabe a lo que me refiero? Últimamente tenía los ojos como perdidos. Tomaba drogas, ¿sabe? Pastillas. Y bebía mucho. Lo que nunca llegué a imaginar es que fuese capaz de matar a toda su familia. Dios mío... —comenzó a sollozar—. Esos niños, pobrecitos... Claro que, por las cosas que escribía, no me extraña, la verdad. Se le ocurrían unas historias horribles. ¿No ha leído ninguna de sus novelas? En ellas siempre todos acaban locos de remate, matando a todo lo que se les pone por delante. Mire usted, una violencia... Mi madre, que en paz descansa, siempre lo decía: «si llegas a pensarlo, eres capaz de hacerlo». Cuánta razón llevaba, la pobre... Que Dios la tenga en Su Gloria.

La vieja sacó un arrugado pañuelo de un bolsillo de su rebeca y se sonó las narices con fuerza. Javier asentía y continuaba escribiendo en su libreta.

En el pasillo de entrada a la casa Ricardo resoplaba, mirando al inspector Sánchez de reojo. Todavía estaba entretenido con ese álbum.

—Joder, es una mujer... No hay duda —pensó el inspector en voz alta. Apartó la vista del álbum, pensativo—. Mira esto. Fíjate en la cara del tipo. Ponte debajo de esta luz, así lo verás mejor.

Ricardo tomó el álbum entre las manos sin mucho entusiasmo y observó la foto en la que aparecía Damián Mustieles subido en una barca y sujetando en alto una enorme trucha. En efecto, su cara parecía poco definida, pero si se detenía un momento en verla más de cerca se apreciaban unas líneas superpuestas. No era una imagen agitada, era como si otro rostro fotografiado se hubiera fundido con



el del señor Mustieles. Después de unos segundos de concentración, Ricardo pudo adivinar que esa cara que se entreveía pertenecía a una mujer. Y además era una mujer horrorizada, tenía los ojos abiertos y la boca torcida.

\*\*\*

El álbum fue guardado en una bolsa con cierre hermético y adjuntado al expediente como prueba importante. Javier seguía con su interrogatorio a la anciana mientras Ricardo y Sánchez subían las escaleras a la primera planta en dirección al dormitorio de los chicos. Al cruzar el umbral de la habitación, lo primero que vio el inspector fue ropa tirada en el suelo y todos los cajones de las mesitas de noche abiertos. Había un póster que anunciaba el libro *Juego de Tronos* de la saga *Canción de Hielo y Fuego* colgado en la pared y varios muñecos de *La Guerra de las Galaxias* expuestos en diversas estanterías. Al inspector le llamó la atención una maqueta del Halcón Milenario, pintada con todos los detalles. Le gustaba el modelismo, era uno de sus *hobbies* que jamás podía practicar por falta de tiempo. Tal vez cuando se jubilara... Si el pulso y la vista se lo permitían.

—No queríamos tocar nada hasta que usted llegase, señor —dijo uno de los policías que estaba buscando huellas.

Sánchez frunció el ceño. Dio un paso hacia delante y distinguió manchas negras sobre la cama. La puerta del armario estaba abierta, con la cerradura desencajada. Una delgada pierna de adolescente sobresalía a través del resquicio. Hilos de sangre seca se enredaban por la pantorrilla. Sánchez abrió un poco más la puerta (que rechinó). Una muchacha de unos catorce años (tal vez quince) estaba tirada dentro de uno de los compartimentos. No se le veía la cara, oculta tras una fila de camisetas. Sus delicadas manos estaban reposando sobre el regazo. De pronto, el cuerpo de un niño de unos ocho años emergió de la otra puerta del armario y se desplomó so-

bre el suelo. Sus ojos aún estaban abiertos. Uno de los policías se tapó la boca para ahogar un grito.

—Qué desastre, madre mía —dijo Sánchez, abatido.

Ricardo le puso la mano sobre el hombro.

—Sigamos.

Salieron del dormitorio.

—¿Dónde está la mujer?

—En el cuarto de baño. Es por aquí —informó Ricardo.

La puerta del baño estaba salpicada de sangre. Había unos extraños ovillos de hilo dorado sobre el suelo. Al acercarse, el inspector se dio cuenta de que eran montones de pelo mojado. También había cabello engarzado en los goznes de la puerta.

—Norma Rivas, cuarenta y dos años. Es la madre de los chicos —dijo Ricardo.

Sánchez dio un paso hacia delante y se encontró con el cadáver desplomado bajo sus pies. El cuerpo se hallaba en una postura ridícula. Describía una «z», con sus brazos como los dioses egipcios en los jeroglíficos. Al inspector se le vino a la cabeza el viejo éxito de las Bangles *Walk like an Egyptian*.

—Ha sido apuñalada repetidas veces en el tórax.

—Ya lo veo —dijo Sánchez.

En el espejo situado encima del lavabo se apreciaban restos de manchas blancas.

—¿Y eso?

—Son restos de espuma de afeitarse. Están en todos los espejos de la casa —le respondió el policía que estaba recogiendo muestras. Tenía unas cejas muy pobladas.

—¿En todos los espejos, dice?

—Sí. Da la impresión de que hay marcas de trazos, como si se hubiera escrito algo con la espuma. Lo estamos averiguando.

—¿Huellas?

—Ni una sola, señor.

Sánchez se volvió para mirar a Ricardo, pidiéndole su confirmación.